

Homilias del Domingo 30 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola por algunos que teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos, y despreciaban a los demás: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: '¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo.' El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: '¡Oh Dios! ten compasión de este pecador.' Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".

Palabra del Señor

Homilias

(A)

Leyendo el Evangelio de hoy del Fariseo y el Publicano orando en el templo, me viene a la mente una historieta que cuenta C. G. Vallés en su libro "Vida en abundancia". Era un día muy caluroso. El tren se detuvo en la estación.

Y un niño estaba vendiendo agua desde los andenes. Se acercó un señor a la ventanilla y le preguntó: "¿Cuánto cobras por el pocillo de agua". "Cincuenta céntimos de rupia", respondió el muchacho. "Te doy treinta" regateo el caballero. Y el muchacho, sin hacerle caso siguió adelante donde otros muchos le estaban solicitando el agua. El señor se molestó y le grito: "¡Te he llamado yo primero!" Pero el muchacho con gran entereza le contestó: "A usted yo no le vendo agua, Señor. Usted no tiene sed. Si tuviera sed usted no regatearía".

Para beber agua hay que tener sed.

Quien no tiene sed no siente necesidad del agua.
Para orar hay que tener verdadero deseo de orar.
Para orar hay que tener sed de Dios.
Para orar hay que tener sed de la amistad y la comunión con Dios.

El que no tiene sed de Dios, dirá palabras vacías para cumplir un ritualismo.

El que no tiene sed de Dios, dirá palabras vacías que nacen más de la costumbre que de la necesidad del encuentro con Dios.

El que no tiene sed de Dios, en su oración habla más de sí mismo que de Dios.

El que no tiene sed de Dios, en su oración habla más consigo mismo que con Dios.

¿No es ésta la situación de estos dos orantes en el Templo?

El fariseo dice palabras. Palabras que sólo él escucha.

Su oración es más un recrearse en sí mismo, que un buscar el encuentro con Dios.

El fariseo convierte su oración más en su autosatisfacción que en la verdadera búsqueda de Dios.

Su oración es como una especie de contabilidad de todo lo bueno que hace para pasarle las cuentas a Dios. Es la oración de un acreedor frente a un Dios deudor.

Es la oración de la autosuficiencia.

El no necesita de nada. Dios está necesitando de él.

El no pide nada. Ya tiene suficiente con su bondad.

Además en una oración que lo hace superior a los demás.

No es la oración que crea comunión de hermanos.

Es la oración de quien desprecia al resto de los hombres.

“Te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano”.

Una oración en la que en vez de ponerse en su verdad delante de Dios, se dedica a confesar lo malos que son los otros.

El ayuna dos veces por semana. Los otros no.

El paga el diezmo de todo lo que tiene. Los demás no.

Por eso, al fariseo Dios no le regala ni le vende el pocillo de agua porque no tiene sed.

Por eso su oración no le justifica delante de Dios.

En cambio, al fondo, en la oscuridad, y sin atreverse a levantar la cabeza, está el pobre publicano que se pone delante de Dios con todo el vacío de su corazón y con el ansia de ser liberado de sus esclavitudes.

“Oh Dios!, ten compasión de este pecador”.

El publicano tiene sed de Dios.

Tiene sed de la misericordia de Dios.

Tiene sed de la compasión de Dios.

Tiene sed del perdón de Dios.

Tiene sed de la salvación.

Su oración le sale del fondo del corazón.

Y es una oración donde siente que el amor de Dios es capaz de liberarle de su pecado.

El publicano tiene sed de Dios.

El publicano se abre delante de Dios.

Confiesa su pecado, pero sobre todo confiesa su confianza en el amor compasivo de Dios.

Hay oraciones inútiles.

Hay oraciones que crean comunión de vida con Dios.

Hay oraciones que se quedan en el puro rito de orar.

Oran por fuera. Oran los labios.

Pero no ora en ellos el corazón.

Hay oraciones que ni unen con Dios ni unen con los hermanos.

Y hay oraciones, a veces dolorosas, pero con un dolor iluminado por la esperanza.

Hay oraciones que hacen ver el fondo de nuestro corazón, pero desde el fondo del corazón de Dios.

Hay oraciones que cambian nuestras vidas.

Entramos pecadores y salimos justificados.

(B)

Hoy nadie quiere ser llamado fariseo, y con razón. Pero esto no prueba, desgraciadamente, que los fariseos hayan desaparecido. Al contrario, si la parábola del fariseo y el publicano fue dirigida a “quienes teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás”, quizás el auditorio ha crecido mucho.

Y es que el fariseo de ayer y de hoy es esencialmente el mismo. Un hombre satisfecho de sí mismo y seguro de su valer. Un hombre que se cree siempre con la razón. Posee en exclusiva la verdad y se sirve de ella para juzgar y condenar a los demás.

Porque desde esa posesión exclusiva de la verdad el fariseo juzga a todos, condena a todos, clasifica a todos. El siempre está entre los que poseen la verdad y tienen las manos limpias. El fariseo no tiene que cambiar, no se arrepiente de nada, no se corrige. No se siente cómplice de ninguna injusticia. Por eso, exige siempre a los demás cambiar, renovarse y ser más justos, pero siempre los otros, él nunca.

Quizá sea éste uno de los males más graves de nuestra sociedad. Queremos cambiar las cosas. Lograr una sociedad más pacífica, más humana y más habitable. Queremos transformar la historia de los hombres y hacerla mejor. Pero, ilusos de nosotros, que pensamos cambiar la sociedad sin cambiar ninguno de nosotros, sin revisarnos ni corregir nada de cada uno de nosotros mismos.

Queremos lograr el nacimiento de un hombre más libre y responsable, y pensamos que la esclavitud y las cadenas nos las imponen los otros siempre desde fuera. Y, en nuestra ingenuidad farisea, pensamos poder lograr una convivencia social más libre y responsable, sin liberarnos cada uno del egoísmo, de los prejuicios y de los mezquinos intereses que nos esclavizan desde dentro.

Queremos una sociedad más justa y estamos dispuestos a luchar por ella, olvidando quizás que el primer combate lo tenemos que entablar con nosotros mismos, pues cada uno de nosotros somos un “pequeño opresor” que, en la medida de nuestras pequeñas posibilidades, crea injusticia, favoritismo, impaciencia, desconfianza, pesimismo.

Queremos luchar por la justicia y promover el derecho y la dignidad para todos y asistimos indiferentes a las injusticias de paro, de hambre, de pobreza, sin rebelarnos contra la marginación establecida en nuestra sociedad para con los más necesitados, tanto más grave cuanto que se ejerce de manera permanente, profunda, silenciosa y hasta legal en muchos casos.

Queremos paz y reconciliación y va creciendo en nosotros la actitud de resaltar los errores y defectos de los demás, olvidando u ocultando los propios y eso no es sólo cosa que hacen los políticos. Es el gran riesgo de todos los grupos, colectivos e instituciones -también dentro de la Iglesia- que desean hacer presente su mensaje a la sociedad.

Decimos que estamos a favor de la paz y marginamos y desatendemos a las víctimas que han sufrido en sus familias el asesinato viviendo olvidadas, con miedo y con dolor la ausencia de sus familiares, y no nos posicionamos claramente en contra de la persecución y el abatimiento que sufren personas de nuestro entorno viviendo con angustia la posibilidad de ser la próxima víctima por el hecho de no plegarse a los intereses de los violentos.

Queremos proclamar y defender la verdad y nuestras conversaciones están llenas de mentiras y palabras injustas que reparten condenas y siembran sospechas. Palabras dichas sin amor y sin respeto, que envenenan la convivencia y hacen daño. Palabras nacidas casi siempre de la irritación, la mezquindad o la bajeza. Palabras que no alientan ni construyen, palabras llenas de envidia y de antipatía, ofensivas e hirientes, pronunciadas sólo

para humillar y despreciar, para descalificar y destruir a la persona o a la familia.

Queremos una familia unida y en nuestras relaciones familiares no somos capaces de acercarnos unos a otros, de escucharnos, de respetarnos, de dialogar y completar nuestro punto de vista con los más jóvenes que plantean y viven los problemas de forma diferente a nosotros.

Todos podemos actuar como esos grupos a los que Jesús critica en su parábola porque “teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás”.

Sin embargo, un pueblo cuyos partidos no sepan autocriticarse y corregir sus propios errores no puede crecer de manera sana. Una sociedad cuyos colectivos e instituciones no atiendan las críticas que se les hacen, para revisar sus posibles deficiencias no caminará hacia una convivencia más humana.

Una Iglesia cuyos miembros se tienen por justos, seguros de sí mismo, y desprecian a los demás sin pedir perdón, sin autocriticarse y cambiar, no es testigo de Jesús que predica el perdón y la felicidad para todos los hombres.

Aquí no caben el fanatismo y la presunción del fariseo de la parábola que sólo ve pecado precisamente en los demás. Porque todos somos pecadores, aunque sólo sea por nuestra inhibición, por nuestra pasividad o por nuestra indiferencia. Y todos debemos decir con el publicano: “Oh, Dios, ten compasión de mí que soy pecador”.

Pero tenemos que decirlo y sentirlo sin caer en la desesperanza ni en la angustia que encoge el ánimo y nos hace aun más agresivos.

Sólo la confianza en Dios y en los demás nos puede abrir creativamente hacia el futuro.

¿Me reviso? ¿Me dejo criticar? ¿Fariseo o publicano? ¿O las dos cosas? ¿Nos aclaramos un poco delante del Señor?

(C)

Un día de sol un elefante se bañaba en un río de la jungla. Un ratón se acercó a la orilla y contemplaba al elefante y le dijo: elefante, sal del agua.

-¿Por qué?

- Cuando salgas te lo diré.

El elefante salió del agua y le preguntó: ¿Qué quieres, ratón? Sólo quería ver si llevabas puesto mi traje de baño.

El domingo pasado, el Señor nos decía que hay que orar siempre sin desanimarse y nos contaba el cuento del juez malvado y la viuda persistente e insistente.

Hoy, el Señor quiere denunciar "a los que se creen justos y desprecian a los demás".

Hoy, el Señor quiere sacar los colores a unos cuantos de nosotros. Y a través de estos dos personajes del evangelio, el fariseo y el publicano, nos quiere hacer ver cómo es Dios y cómo somos nosotros.

¿Cómo es el fariseo?

En su oración no pide nada. Sólo habla y ora desde el Yo. Yo... Juzga a los otros, es justo, santo, bueno... No hay sitio para Dios en su vida. Su Yo lo llena todo.

¿Tienes problemas con las personas que vienen a la iglesia?

¿Verdad que a veces observas a la gente y te fija en si cantan, si responden, si saludan, si se dan la paz? ¿Y los juzgas? Y piensas, yo no soy como ése o como ésa.

El fariseo salió del templo como entró: lleno de sí mismo pero vació de Dios.

Salió del templo como entró: con su orgullo y su justicia pero sin la justicia ni el perdón de Dios.

Su oración no iba dirigida a Dios sino a la galería.

A Jesús no le gustó nada esa actitud. Y por eso nos dice: "Ay de los que se creen justos y desprecian a los demás".

¿Hay alguien aquí que se cree justo y desprecia a los demás?

¿Alguien viene a decirle a Dios y a los hermanos todo lo bueno que hace y lo bueno que se cree que es?

Cierto, vosotros y yo hacemos cosas buenas.

Cuidamos de nuestras familias. Educamos a los hijos. Venimos el domingo al templo. Ayudamos a los vecinos. Cumplimos bien con nuestro trabajo. Estudiamos o Trabajamos. Somos casi tan buenos como el fariseo...

Pero no venimos aquí a cantar nuestros méritos y hazañas.

Venimos a cantar las hazañas de Dios.

No venimos a pasar factura a Dios y pedirle que nos pague por nuestros trabajos.

No venimos a decirle que no somos como los que nunca vienen aquí o como los que vienen muy de vez en cuando (tres veces)..., sólo Dios sabe lo que hay en cada corazón.

A mi no me preocupan las cosas buenas que hago. A mi me duelen las obras buenas que no hago, los pecados que sí hago cada día y por eso vengo al templo, no como el fariseo y sí como el publicano abrumado por el peso de mi pecado. No miro a los demás, me miro a mi mismo, siempre necesitado del perdón de Dios.

Nadie está en la gracia de Dios, pero todos somos llenados de gracia si, arrepentidos, nos acercamos a Dios.

Nadie puede presumir de nada ante Dios, sólo la fe en él nos reconcilia con su amor.

La oración del publicano es verdadera, la del fariseo es una oración falsa.

La oración tiene que estar centrada en Dios. Sólo ora de verdad el que tiene una relación con Dios. El es el origen, centro y fin de nuestra vida. El yo tiene que morir para que el Espíritu hable por nosotros.

La oración tiene que producir un cambio en nuestra vida.

Orar no es intentar cambiar la mente de Dios, sus designios, orar es cambiar yo.

(D)

El evangelio de este domingo pone en escena a tres personajes: El fariseo: el observante, el practicante fiel, el piadoso por excelencia.

El publicano: un pecador que ni siquiera se atreve a levantar los ojos al cielo...

Y Dios que ve la escena y que emite un juicio desconcertante.

Dios, que parece que mira más allá de las apariencias y de lo puramente externo...

Esto me recuerda aquella historia que Michel Quoist cuenta en uno de sus libros: Fue un día a visitar a un anciano y encontró que su rostro era lo más feo que había visto jamás: surcado por enormes arrugas, cubierto de manchas rojas como por efectos de un bombardeo, cruzado todo él de pelos mal afeitados. Pero, junto a él, su esposa, anciana también, le acariciaba y le decía: "Amor mío, ¡qué guapo eres!". Quoist se sentía molesto ante aquella farsa. Y pensaba: "¿Cómo se puede estar ciego hasta este punto?. Pero, entonces, ocurrió algo: el moribundo, al sentirse acariciado, entreabrió los ojos y, en su rostro, apareció una sonrisa pálida, vacilante, como el sol cuando atraviesa unas nubes oscuras. Miró largo rato a su mujer. Se disiparon las nubes y estalló la sonrisa irradiando todo el rostro.

Y sólo entonces el escritor descubrió que aquel rostro era hermoso. Ahora vio Quoist lo que, antes, sólo veía la vieja. Y se dio cuenta de que tenía razón. Porque el amor no es ciego. Al contrario, ve lo que los demás no ven. Debajo de aquel rostro feo estaba la sonrisa que, sin amor, no podía ni imaginarse y que podía derribar toda la fealdad de aquel rostro apagado.

Esta es la razón por la que uno se pregunta a veces: "¿Qué es lo que hace que, mientras algunos sólo ven lo negro del mundo, otros encuentren en él motivos y razones de esperanza? No depende, claro, de los ojos, sino de lo que hay detrás de los ojos. Aquellos que sólo ven suciedad en todo lo que les envuelve, yo tengo la impresión de que es, porque llevan la suciedad dentro de ellos mismos.

Ortega decía que los hombres no vemos con los ojos, sino a través de ellos". Es cierto: a través de los ojos proyectamos sobre el mundo lo que tenemos dentro.

Es nuestra alma quien ve la realidad más que los ojos.

Y así es como los amargados sólo ven amargura y los esperanzados lo inundan todo de esperanza...
Y así es cómo dos personas, rodeadas por la misma realidad, pueden vivir sumergidas en dos realidades completamente distintas. Sólo que uno ve todo lo negro de esa realidad, mientras que el otro elige la cara bonita y soleada de la misma .
Esta es la razón por la cual a la gente amargada yo nunca les pido que cambien de medio social, de pueblo o de compañías.. sino que revisen las gafas negras que le han puesto a su corazón. Porque no hay peor ciego que el quiere ver todo negro. En cambio, estoy seguro de que cualquier ser humano, visto suficientemente de cerca y contemplado con el suficiente amor, termina resultando una persona encantadora. Esto es lo que el Señor con su mirada penetrante y cariñosa descubre en aquel publicano tímido y acomplexado...

DIJO ESTA PARÁBOLA POR ALGUNOS QUE,
TENIÉNDOSE POR JUSTOS, DESPRECIAN A LOS DEMÁS...

¿Entendida la lección?

. Esta página evangélica nos invita a mirarnos con sinceridad a nosotros mismos; a mirar a los demás con caridad; y a mirar a Dios con humildad...

. Mirarnos a nosotros con sinceridad: para descubrir que todos tenemos algo de los dos personajes.

. Mirar a los demás con caridad: pues no es justo que para resaltar nuestros méritos...acentuemos los fallos de los demás, como a veces nos gusta hacer...

. y mirar a Dios con humildad: ante Dios sólo podemos colocarnos en la postura del publicano, es decir, en la postura de quien todo lo espera de la bondad y de la misericordia de Dios.

(E)

Teniéndose por justos despreciaban a los demás.

Lc 18, 9.14

Hoy nadie quiere ser llamado fariseo, y con razón. Pero esto no prueba, desgraciadamente, que los fariseos hayan desaparecido. Al contrario, si la parábola del fariseo y el publicano fue dirigida

a «quienes teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás», quizás el auditorio ha crecido.

El fariseo de ayer y de hoy es esencialmente el mismo. Un hombre satisfecho de sí mismo y seguro de su valer. Un hombre que se cree siempre con la razón. Posee en exclusiva la verdad, y se sirve de ella para juzgar y condenar a los demás.

El fariseo juzga, condena, clasifica. El siempre está entre los que poseen la verdad y tienen las manos limpias. El fariseo no cambia, no se arrepiente de nada, no se corrige. No se siente cómplice de ninguna injusticia. Por eso, exige siempre a los demás cambiar, renovarse y ser más justos.

Quizás sea éste uno de los males más graves de nuestra sociedad. Queremos cambiar las cosas. Lograr una sociedad más humana y más habitable. Transformar la historia de los hombres y hacerla mejor. Pero, ilusos de nosotros, pensamos cambiar la sociedad sin cambiar ninguno de nosotros.

Queremos lograr el nacimiento de un hombre más libre y responsable, y pensamos que la esclavitud y las cadenas nos las imponen siempre desde fuera. Y, en nuestra ingenuidad farisea, pensamos poder lograr una convivencia social más libre y responsable, sin liberarnos cada uno del egoísmo y los mezquinos intereses que nos esclavizan desde dentro.

Queremos una sociedad más justa y estamos dispuestos a luchar por ella, olvidando quizás que el primer combate lo tenemos que entablar con nosotros mismos, pues cada uno de nosotros somos un «pequeño opresor» que, en la medida de nuestras pequeñas posibilidades, crea injusticia.

Queremos paz y va creciendo nuestra insensibilidad y nuestra irresponsabilidad personal ante la violencia. Pensamos estar libres de toda culpa, porque en nuestro interior condenamos todavía estos hechos. Creemos resolverlo todo clasificando los muertos y condenando exclusivamente las muertes de un determinado color. Y no nos atrevemos a gritar un «no» absoluto y radical. Un «no» rotundo, que no es condena farisea de otros que matan. Sino condena a todos nosotros, incapaces de resolver nuestros problemas sin violencia.

(F)

El publicano bajó a su casa reconciliado con Dios, y el fariseo no. La primera lectura cuenta que Dios escucha los lamentos del pobre, del huérfano y de la viuda, como que Dios está a su favor. Podrán ser olvidados o desatendidos por los poderosos del mundo, pero Dios no los olvida. Dice que los gritos del pobre llegan a Dios. En las páginas de la Sagrada Escritura aparece siempre la predilección y el cariño de Dios por los más pobres, mientras que no le caen bien los engreídos, los poderosos, los que se sienten seguros en sí mismos o los que ya se creen buenos. Jesús, en el evangelio, nos habla de dos hombres que fueron al templo a rezar. Uno era fariseo. La sociedad le valoraba positivamente como hombre bueno y cumplidor. Él se siente seguro y orgulloso de sí mismo porque lleva una vida irreprochable. En su oración rezaba de pie, erguido, sin humillarse, sin necesitar la salvación de Dios. De él dice Jesús que volvió a su casa igual; su oración no le valió de nada. Jesús daba a entender que a Dios no le gusta esa gente tan segura de sí misma. Con esta parábola Jesús nos quiere enseñar a los cristianos que no debemos rezar así. No debemos presentarnos ante Dios con un corazón orgulloso, creyéndonos buenos, sin necesitar la gracia y la salvación de Dios, como si tuviéramos tan buen historial o tan buena hoja de servicios que Dios no tuviera más remedio que sentirse orgulloso de nosotros. Jesús quería enseñarnos que la oración orgullosa molesta y desagrada a Dios. El otro hombre que fue a rezar al templo era un publicano, es decir, un cobrador de impuestos. Por ser cobrador de impuestos era un hombre despreciado y odiado por todos. Quizás era un hombre con dinero y con medios para salir adelante, pero se siente profundamente pecador. Por eso reza con humildad. Dice el evangelio que ni se atrevía a levantar los ojos al cielo. En su inmensa pobreza, Dios es su salvador y, mientras se golpeaba el pecho, decía: «Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador». Entonces ocurre lo que contaba la primera lectura: que los gritos del pobre llegan a Dios. Jesús dice de este hombre que bajó a su casa cambiado por dentro, siendo mejor persona. Dios le escuchó, le aceptó, le perdonó sus pecados y le levantó de su estado de postración. Andaba en el desprecio de la gente, pero

siente que Dios sí le quiere. Veía su vida rota y fracasada, pero descubre que Dios le devuelve otra vez la dignidad y la alegría de hijo de Dios. Yo no creo que desde ese momento la gente le tratara mejor, pero desde ese momento siente en su alma algo muy hermoso: siente el cariño de Dios y eso le ayuda a rehacer su vida. Bajó a su casa justificado, es decir, perdonado, aceptado y querido por Dios.

Nosotros también tenemos nuestra historia personal manchada con caídas y fracasos de muchas clases. Sabemos que no podemos instalarnos en el orgullo, como si no tuviéramos necesidad del amor y el perdón de Dios. Somos pobres, con muchas pobreza sobre nosotros, y nuestra oración ha de ser la de los pobres, siempre suplicando humildemente al Señor, como diciéndole: «Señor, ten compasión de nosotros. Perdónanos y que tu cariño, que cuida de los pobres, nos levante y nos devuelva otra vez la alegría y la dignidad de hijos de Dios». Nosotros también podemos caer en la tentación de enaltecernos y creer que andamos por encima de los demás, pero el Señor se encargará de ponernos en nuestro sitio. Terminaba Jesús avisando a sus cristianos con una enseñanza muy hermosa: que, delante de Dios, el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

P. Juan Jáuregui Castelo